

La Universidad de Concepción y la enseñanza de la Anatomía viva.



N 1909 propusimos al señor Rector de la Universidad de Chile que, a semejanza de lo que acababa de llevarse a feliz efecto en algunas universidades europeas, se iniciara una encuesta entre los profesores de mayor prestigio y reputación en la República entera, a fin de conocer exactamente las deficiencias que hubieran podido notar en los jóvenes recién titulados de médico-cirujanos. Esas informaciones, impregnadas de una tendencia eminentemente práctica, debían complementarse a su vez, con las que expusieran los profesores como el ideal de sus aspiraciones si estuviera en su mano el modificar la enseñanza de su respectiva asignatura a su entera satisfacción. Nuestra proposición encontró la más favorable acogida; se la consideró digna de figurar hasta entre las demostraciones de cultura que se preparaba nuestro país a exhibir en celebración de su primer centenario de vida libre e independiente. Pero, no en vano ha dicho alguien que el infierno está tapizado de buenos propósitos. No nos consta que figure allí la nuestra; más sí podemos asegurar que jamás se volvió a tratar de este asunto.

Pero hoy, que la Universidad de mi provincia natal abre sus puertas para instalar la enseñanza de la anatomía, que nosotros quisiéramos que fuera sólo el primer eslabón, hasta completar los cuatro primeros años de los estudios médicos, juzgamos que talvez no están fuera de lugar algunas reflexiones que nos sugiere el estudio de la anatomía, después de más de treinta años de ejercicio profesional en que constantemente hemos tenido que utilizar su aprendizaje.

Todo individuo que llega a vestir la toga del catedrático, la adquiere justamente porque es ya, o por lo menos está en via de llegar a ser, un especialista. Ahí está, en nuestro concepto, el pecado original de que adolece o adolecemos más de uno de los profesores de nuestra Facultad de Medicina: a semejanza de nuestros diabólicos choferes, nos sentimos seducidos por el vértigo del

impulso, y gradual o insensiblemente. Llegamos a pensar que, en realidad de verdad, ningún otro ramo de la enseñanza puede equipararse al que nosotros estamos encargados de hacer aprender a los jóvenes. Evidentemente hay en ello una exageración; más que eso, un error grave. Deberíamos partir de una idea más amplia y muchísimo más justa: que en la naturaleza todo es perfectamente armónico y regular, que todo se complementa, sin que haya materia alguna que tenga más importancia que otra cualquiera. Estos son atributos secundarios que atribuimos nosotros en la segmentación más o menos arbitraria y enteramente artificial en que la fragmentamos a fin de poder penetrar un poco mejor en los secretos y maravillas que encierra. Eso es todo. Y desde ese punto de vista, no está demás recordar los defectos que nosotros mismos comprobamos a cada paso en los exámenes finales: la gran mayoría de los candidatos a médicos sabe poquísima anatomía práctica, utilizable, al día siguiente o un poco más tarde, para el ejercicio consciente, científico, de nuestra hermosa profesión. Más aún; no están capacitados para interpretar debidamente lo que en esas materias nos llega del extranjero.

La fuente y origen del mal arranca de muy lejos. Y ese mal impregna y hasta empequeñece nuestros ideales. Comenzamos por imbuirnos en la idea de «curar» enfermos, y titulamos nuestra Facultad, Facultad de MEDICINA; comenzamos, en consecuencia, por hacerle presente al joven que su verdadero interés estará en tener enfermos y poder sanarlos. Mientras tanto, al lado, se enseña a otros jóvenes el DERECHO, y su respectiva Facultad se titula Facultad de Derecho. Estos fueron, más o menos, los términos en que, en 1919, oímos disertar a uno de los más eminentes médicos de que se enorgullece la Escocia, a Sir Robert Philip.

Nos hizo su argumentación una impresión profunda y la consideramos perfectamente ajustada a la verdad de las cosas. Si las palabras no valen sino por las ideas que representan, ¿por qué no inculcar desde el comienzo la ventaja de estudiar y conocer a los individuos sanos, e insistir constantemente en que vale muchísimo más la conservación de la salud y que ella debe constituir el más noble y elevado objetivo de los estudios del que va a abrazar nuestra profesión?

¿Qué el asunto no es de mucha monta? Tal vez. Mientras tanto, el estribillo *yanki the best in the world*, y la preocupación constante de todo inglés de ser *gentleman* o, por lo menos, de imitarlo, tratando en todo momento de conducirse en su vida privada o pública como un verdadero caballero, nadie podrá negar que ha ejercido influencia no escasa en ambos países.

Enseñemos, pues, la ANATOMIA VIVA (1).

Esto es, que cada estudiante comience por saber y darse cuenta perfecta y tan exacta como sea posible, de lo que es un individuo humano de desarrollo normal; que aprenda a reconocer las eminencias y depresiones, los contornos y relieves que forman los huesos, la musculatura y las articulaciones. Que sepa

(1) S. E. Whitnall: EL ESTUDIO DE LA ANATOMIA.—Montreal.

que todo eso lo va a encontrar profundamente alterado, en la grande e inmensa mayoría de los casos, por los estragos que ha hecho la enfermedad en el cuerpo que se le entregue para la disección. Que piense siempre en la vida y animación que cada uno de esos órganos o tejidos contribuye a dar al individuo sano.

Que no arranque la piel fría rugosa e inelástica de un anciano, nada más que bajo el apremio de llegar cuanto antes a reconocer los ligamentos que mantienen la aposición de los huesos que la constituyen. Vendría a colocarse, como dice un autor extranjero, en la misma categoría del que, teniendo un hermoso libro que leer, le arranca las hojas y las arroja al viento sin haberlas leído. Que sepa que la primera inspiración que pone en movimiento la máquina de la vida no se debe en gran parte sino a que, dotada nuestra piel de riquísima red de nervios sensibles, el frío del medio ambiente que rodea al recién nacido le estimula e incita a lanzar el primer grito con que iniciamos nuestra peregrinación en el mundo de los mortales.

En suma, que ese principiante mantenga siempre «tan aguda su inteligencia como afilado el escalpelo de disección» y, gradualmente, como quien dice por el método concéntrico, irá aprendiendo, a la vez que anatomía, muchas de las nociones más útiles y prácticas para la fisiología y para el funcionamiento de aquellos aparatos perturbados más tarde por la enfermedad. Ese aprendizaje razonado y consciente, perfectamente «cerebrado», como nos permitimos llamarlo en nuestros cursos de clínica, será el que se conserve y se utilice en el futuro profesional.

El principiante deberá familiarizarse todavía con la imagen radiográfica que da nuestro esqueleto, sus envolturas y demás órganos. La noción clara y precisa de lo que es normal y fisiológico va más tarde a serle de positiva utilidad para reconocer a la primera mirada en qué reside la anomalía o el estado patológico de cualquier aparato, órgano o tejido que haya sido examinado por los rayos Roentgen—rayos X.—Sabrá de esa manera justipreciar las sombras que proyectan los cuerpos que no se dejan atravesar por aquellos rayos, y se familiarizará con su interpretación, lo que es el verdadero *desiderátum* en la materia.

Pero, antes que todo, nos parece asunto ineludible y de la mayor trascendencia que el profesor de anatomía, convencido de que en la ciencia pura nada hay que no sea o pueda ser de grande importancia, sepa insistir ante sus alumnos, estudiantes solamente de medicina, en los hechos de real y positiva utilidad para el médico práctico; que no caiga en la tentación de hacerles aprender hasta las más insignificantes rugosidades de un hueso o las innumerables anomalías que puede ofrecer en su inserción éste o aquel musculillo: eso no es más que «pedantería anatómica» y no contribuye sino a distanciar el gusto por el estudio de la anatomía, que hará bien en conservar durante su vida entera todo médico digno de su nombre.

De esa manera, cada uno de sus alumnos podrá contribuir, andando el tiempo, a dilucidar el verdadero papel que corresponde a algunos órganos que hemos considerado de escasa importancia y que los estudios modernos más recientes nos hacen considerar con muchísimo más respeto y consideración. Nos

referimos, naturalmente, a los órganos o glándulas de secreción interna y a los poderosos agentes químicos, llamados hormonas, que mantienen el impulso constante en cada una de los 28 trillones de células y órganos que alientan la vida del ser humano.

Por esta vía, teniendo siempre presente que cada una de nuestras células tiene que recibir un impulso (llámese éste eléctrico o de oxidación, poco importa) ante el cual reacciona y que, a su vez, transmite a otras células, se dará cuenta de la importancia capital de mantener su organismo en condiciones de poder ejecutar la armónica y grandiosa tranquilidad en que trabaja el hombre sano, esto es, dotado de la mayor riqueza que podamos ansiar en esta tierra, y sabrá conservar claro y vigoroso su cerebro en un cuerpo hermoso y robusto.

Tales son algunas de las principales insinuaciones que querríamos someter al ilustrado y amplio criterio del profesor de anatomía en la Universidad, que recibe la difícil tarea de enseñar una asignatura árdua y tal vez monótona cuando se empeña uno en hacerla aprender por los viejos y anticuados métodos; pero que en los tiempos presentes es capaz de imprimir vida y animación aun a los huesos mismos.

DR. LUCAS SIERRA.